

declarado de la rebelión como de la herejía, deseaba, si es que no la preveía, la solución del porvenir.

Pero Enrique IV no estaba dispuesto á abjurar, pues le repugnaba cambiar nuevamente de religión, y esta vez por interés; además, sus victorias le inspiraban confianza y creía que las armas decidirían entre sus súbditos rebeldes y él.

En una declaración fechada en el Mans había aplazado para el 15 de marzo la asamblea de los príncipes y de los Estados que en Saint-Cloud había prometido reunir dentro de dos meses para proveer á los negocios de la religión y del Estado. Aquel acto era un primer esfuerzo para substraerse á los compromisos del Acta de 4 de agosto y conquistar su completa independencia. Además volvió á pedir los sellos al cardenal de Vendome, hermano mayor del conde de Soissons (1), que negociaba secretamente con los católicos realistas cansados de servir á un rey hugonote, y con los ligueros moderados que sólo reprochaban á Enrique IV el ser hereje. Entre los realistas y los ligueros intransigentes, los unos que aceptaban á Enrique IV aunque siguiera siendo protestante, y los otros que se negaban á reconocerlo aunque se convirtiera, Vendome trataba de crear un tercer partido que para conciliar el derecho dinástico con el derecho religioso prescindiría de Enrique IV, aun siendo Borbón, por ser protestante, y le reconocía á él, Vendome, porque era Borbón y católico. La resolución adoptada por Enrique IV contuvo, por algún tiempo, los progresos de esta intriga.

IV.—La victoria de Ivry

Nunca se mostró el rey más animoso que en aquel entonces. Por el camino de Alenzón siguió al mariscal de Birón á quien había enviado por delante, y á su primera intimación se rinde el castillo que se alzaba en una posición fuerte y estaba bien guarnecido de defensores. Ocupa luego Argentán y Saez y aparece delante de Falaise, cuyo castillo, «construido sobre una roca que domina la ciudad, dotado de fosos profundísimos y rodeado de dos estanques,» podía desafiar un ejército. Allí se había refugiado el conde de Brissac, uno de los héroes de las barricadas, y allí penetraron los realistas por la brecha obligando á aquél, que se había refugiado en el torreón, á capitular. Estas victorias asombraban al mismo monarca: «Ciertamente, escribía, recorro mucho camino y voy según Dios me conduce, porque nunca sé lo que he de hacer al final, y sin embargo mis hechos son milagros; de modo que son dirigidos por el gran Maestro.» Al día siguiente partía para Lisieux, en donde tenía igual fortuna: «He tomado esta plaza, sin disparar el cañón más que en broma, en donde había mil soldados y cien hidalgos.» Cuando se aproximaba á alguna ciudad, las poblaciones se espantaban. Los habitantes de Lisieux saltaban por las murallas para no tener que afrontar su ataque; Honfleur le dió algún más trabajo, pues hubo de batir la plaza para decidir al caballero de Grillón á capitular (28 de enero de 1590).

(1) El príncipe de Conti, hermano mayor de Soissons y de Vendome, tartamudo, sordo y casi imbécil, no era tenido en cuenta. Véase la genealogía de los Borbones en la pág. 457.

Los ligueros no poseían ya en Normandía más que la ciudad de Ruán.

Aquella marcha triunfal y los clamores de los parisienses impresionaron á Mayenne, quien también se puso en campaña en pleno invierno para limpiar los alrededores de París como Enrique IV había hecho con los de Tours, se apoderó de Vincennes y de Pontoise, que capitularon, y se presentó luego delante de Meulán, á la que puso sitio por las dos orillas (9 de enero y 27 de febrero de 1590). El rey acudió en auxilio de la plaza, pero Mayenne se negó obstinadamente á librar batalla. Enrique, para obligarle á que la aceptara, se dirigió á Poissy, que tomó por asalto; mas lo único que consiguió con ello fué obligar á Mayenne á abandonar el sitio de Meulán y á levantar el campo.

Cuando Enrique hubo arreglado sus asuntos en la región del Sena, quiso cerrar á los ligueros la entrada de Normandía, y á este objeto se apoderó de Nonancourt y sitió la fuerte plaza de Dreux que guardaba el paso del Eure (28 de febrero de 1590).

El duque de Parma, para ayudar á Mayenne, le envió 500 arcabuceros y 1.200 lanzas walonas al mando del conde de Egmont. Era la primera vez que Felipe II socorría abiertamente á la Liga: este príncipe formalista, aunque resuelto á no dejarla perecer, creyó necesario justificar su intervención por «el peligro inminente de la Iglesia católica;» y en la Declaración de 8 de marzo de 1590 rogaba y requería á todos los príncipes cristianos católicos que se unieran á él «para la extirpación de la herejía y la liberación del cristianísimo rey de Francia Carlos décimo,» protestando «ante Dios y sus ángeles» de que los preparativos que hacía no tendían «á otro fin que á la exaltación de la Iglesia católica, apostólica y romana, al reposo de los buenos católicos bajo la obediencia de sus príncipes legítimos, á la extirpación completa de toda clase de herejías y á la paz y concordia de los príncipes cristianos,» y declarándose dispuesto á emplear en esta santa causa sus medios y su vida. Al día siguiente, ordenaba al arzobispo de Toledo, gran inquisidor, que hiciera una lista de los beneficiarios de su reino que habrían de contribuir, como si se tratase de una cruzada, al sostenimiento de los dos ejércitos destinados «al socorro del reino de Francia.»

Con los refuerzos del duque de Parma, Mayenne quiso libertar la plaza de Dreux; pero el rey no le esperó en sus líneas, sino que avanzó por Nonancourt sobre Saint-André delante de Ivry, por donde los ligueros acababan de pasar el Eure.

Enrique sólo tenía 2.000 caballos y 8.000 infantes para hacer frente á 8.000 caballos y 12.000 infantes de la Liga; pero estaba resuelto á librar batalla, á probar en campo raso la fortuna que no había dejado de favorecerle en la guerra de sitios, y el día 14 de marzo se acercó tanto al enemigo que hizo inevitable el combate.

Formó cinco grupos de caballería rodeados de tropas de infantería francesa, alemana y suiza, y tomó el mando del escuadrón del centro. Tenía á su izquierda al duque de Montpensier y al mariscal d'Aumont, y á su derecha al mariscal de Birón y á los raites de Schomberg; el cuerpo del mariscal de Birón, situado algo atrás en la línea de batalla, formaba una especie de reserva.

En la vanguardia del ala izquierda, Carlos de Valois, conde de Auvernia, y Givry mandaban cada uno de ellos un escuadrón de caballería ligera y flanqueaban la artillería; en la del centro, el barón de Birón, hijo del mariscal, cubría con 200 caballos el escuadrón del rey. La fuerza del ejército real radicaba en sus 2.000 hidalgos montados en pelo. Las guerras civiles habían modificado el armamento y la táctica: la caballería ya no iba armada con lanzas, sino con pistolas, y en vez de cargar en líneas distantes entre sí treinta ó cuarenta pasos, marchaban en filas apretadas. El escuadrón real formaba á cinco líneas de fondo.

También Mayenne había distribuido su caballería entre sus tropas de infantería, permaneciendo él en el centro, enfrente del rey, y teniendo agrupados á su alrededor casi todos sus caballos, su compañía y la del duque de Nemours que componían un total de 500 caballos, los 1.200 lanceros walones del conde de Egmont y 400 carabineros ó arcabuceros montados. Con esta masa pensaba aplastar á su adversario.

El gran maestre de la artillería real, Filiberto de la Guiche, rompió el fuego con sus cuatro grandes cañones y sus dos culebrinas, matando á algunos hombres del ejército enemigo. Rosne, que mandaba la caballería ligera de Mayenne, atacó al mariscal d'Aumont y fué enérgicamente rechazado; en cambio los raitres de la Liga lanzáronse contra la caballería ligera introduciendo el desorden en sus filas. Contra esta tropa desunida cargaron los lanceros walones que convirtieron el espanto en derrota; el barón de Birón, que intentó coger de flanco á los asaltantes, fué herido y sus soldados sufrieron la misma suerte que la caballería ligera; y los walones, dueños del campo, desde la grupa de sus caballos golpeaban, por bravata, la artillería enemiga y derribaban los cañones en medio del polvo. La victoria parecía decidirse por Mayenne.

Un gran número de fugitivos del ejército real se habían refugiado en el cuerpo que mandaba el mariscal de Birón, y la fuerza de esta reserva se había aumentado, además, con algunos centenares de jinetes que acababa de llevarle d'Humieres. Birón envió estos últimos en auxilio del mariscal d'Aumont, que se hallaba al descubierto en el ala izquierda, y con el resto de sus tropas avanzó enérgicamente contra los walones, que, á su vez, hubieron de retroceder.

Mayenne, comprendiendo que había llegado el momento de intervenir en el combate, reunió á los walones y, seguido de los arcabuceros montados, lanzóse contra el escuadrón del rey. Enrique, dirigiéndose á sus soldados, les arengó en esta forma: «Compañeros, Dios está con nosotros; ahí vienen sus enemigos y los nuestros; aquí tenéis á vuestro rey. ¡A ellos! Si desaparecen vuestros estandartes, sírvaos de guía mi penacho blanco, al que encontraréis en el camino de la victoria y del honor.»

En pos del monarca cargó con furia la nobleza, y aunque el fuego de los carabineros le causó grandes bajas, abrióse paso entre las filas de los ligeros y se introdujo en ellas, trabándose entonces un combate cuerpo á cuerpo en el que la espada y la pistola hicieron prodigios contra las lanzas de los walones. El conde de Egmont recibió un pistoletazo que le destrozó la cabeza y sus tropas se desbandaron y huyeron. Enrique

salía de la refriega, seguido apenas de una veintena de compañeros, cuando avanzaron hacia él tres compañías walonas que no habían entrado en acción, y su pérdida habría sido segura si Givry, el conde de Auvernia y el mariscal d'Aumont no hubiesen tenido tiempo de acudir en su auxilio y de poner en dispersión á los agresores. Entonces toda la caballería de Mayenne emprendió la fuga.

Su infantería permanecía intacta en el campo de batalla. Por un momento pensaron los realistas lanzar contra los suizos al mariscal de Birón, que no había combatido; pero éste, que conocía por experiencia la fortaleza de los montañeses, se negó á exponer la victoria á los azares de una nueva acción, y por consejo suyo el rey hizo que la artillería los cañonease como si se tratara de una fortaleza, al mismo tiempo que hacía llegar hasta ellos palabras de paz. Los suizos se rindieron en las condiciones más favorables y de iguales ventajas disfrutaron los franceses que se habían refugiado en sus filas; en cambio los lansquenets, en represalias de lo de Arques, y el resto de la infantería francesa fueron asesinados (14 de marzo).

Los ligeros huían, unos hacia Chartres, otros hacia Mantes; el rey lanzóse en su persecución y no se detuvo hasta las puertas de esta última ciudad en la que acababa de refugiarse Mayenne. Eran las nueve de la noche; Enrique había corrido ocho leguas y permanecido doce horas á caballo.

La huida fué tan mortífera como la batalla, perdiendo en ella los ligeros muchos millares de hombres y dejando en poder de los realistas el «estandarte blanco, el de la generala de los españoles, el del coronel de los raitres, otros diez y seis de caballería y ochenta banderas de las tropas de á pie.»

El mismo día sufrían otra derrota en el centro de Francia: el conde de Randau, gobernador de Auvernia en nombre de la Liga, era derrotado y muerto en la llanura de Issoire (14 de marzo de 1590), y el partido realista adquirió la preponderancia en aquella provincia.

La batalla de Ivry no había sido más que un combate de caballería en el que el rey había realizado proezas de paladín al frente de los hidalgos. El relato oficial ó *Discours véritable de la victoire* («Verdadero discurso de la victoria»)... exaltó á la valiente nobleza, asociándola á la gloria del rey: su fidelidad no «resplandecía» menos que su valor; «si existe rebelión, procede del lodo y del fango del pueblo excitado é impresionado por las facciones de los extranjeros.»

El monarca se presenta como jefe de la clase militar; la acaricia y la halaga y la trata con consideración hasta en las filas enemigas. Durante el combate, había recomendado varias veces que se respetara á la nobleza francesa.

La noche de la batalla sentó á su mesa, contra lo que las leyes de la etiqueta disponían, á los jefes de su ejército, declarando que los que corren los mismos peligros son dignos de compartir los mismos honores. Creíase seguro del triunfo y no concebía que la burguesía y el pueblo de la Liga osaran resistirle... «No con las murallas, dice el *Verdadero discurso*, sino con los hombres puede hacerse la guerra; y ellos (los ligeros) están bien convencidos de que ya no los tienen...»

CAPÍTULO II

SITIO DE PARÍS (I)

I. El asedio.—II. El hambre.—III. El aislamiento después de la liberación

I.—El asedio

Tan inesperada era en París la noticia de la derrota de Ivry, que los Diez y seis, que fueron los primeros en tener noticia de ella, temieron que se produjera un cambio en el espíritu público y que sobreviniera una defección general. Para preparar la opinión echaron mano de uno de los predicadores más populares, el padre Cristino, de Niza, quien subió al púlpito el día 14 y desarrollando el tema *Quos bene amo, arguo et castigo*, hizo el relato de la prueba á que Dios acababa de someter á su pueblo fiel. Los parisienses, al pronto consternados, se rehicieron en seguida y no quisieron oír hablar de acuerdo alguno con el rey de Navarra; y si alguien manifestaba sentimientos pacíficos, lo mataban á golpes ó lo arrojaban al Sena, habiendo despachado de este modo más de veinte personas. La lentitud de Enrique IV dióles, además, tiempo de familiarizarse con la idea de un sitio; en efecto, el vencedor perdió quince días en Mantes, debido á que algunos de los grandes señores que formaban su corte encontraban que triunfaba demasiado de prisa y procuraban eternizar la guerra, retardando la llegada de las municiones y de la artillería que se necesitaban para atacar París.

El rey, en cuanto pudo reanudar las operaciones, dirigióse á Corbeil, cuyas puertas le abrió el gobernador, pasó á la orilla derecha, se apoderó de Melún, Provins, Bray-sur-Seine y Montereau, é intentó, aunque sin éxito, tomar Sens. Muy pronto estuvieron en su poder todas las plazas fuertes de los alrededores de París, salvo Saint-Denis, cuyo sitio emprendió al mismo tiempo que el de la capital. A principios de mayo, comenzó el asedio de París; pero los dos meses transcurridos desde la jornada de Ivry habían sido aprovechados por la Liga, que había nombrado gobernador de la plaza á un hermano uterino del duque de Mayenne, el duque de Nemours, joven de veintidós años que, á falta de experiencia, demostró mucho celo y actividad. La población, que se había rebelado contra Enrique III cuando éste quiso introducir suizos y guardias franceses en la ciu-

dad, llamó en su auxilio á 800 arcabuceros franceses y una guarnición extranjera compuesta de 1.200 veteranos alemanes y 500 suizos. Para guarnecer las murallas púsose en pie de guerra toda la milicia ciudadana, proporcionando cada uno de los diez y seis barrios 3.000 hombres bien armados. El duque de Nemours creía que estos soldados ciudadanos cumplirían con su deber al abrigo de las fortificaciones; pero, á pesar de su entusiasmo, no quiso probarlos nunca en campo raso, así es que una ciudad de 220.000 habitantes, defendida por una guarnición de 50.000 hombres, se dejó sitiarse por los 12 ó 13.000 soldados de Enrique IV. Pigaffetta, viejo capitán italiano que formaba parte del séquito del legado, compara á esos guerreros de murallas con los perros que ladran furiosamente en la puerta de la casa sin jamás aventurarse fuera de ésta.

De todos modos, la casa estuvo bien guardada. El primero y casi único combate se trabó el 12 de mayo: los realistas intentaron apoderarse del arrabal Saint-Martin, pero los arcabuceros, resguardados en el interior de las casas y diseminados por las viñas, los contuvieron con su fuego; La Noue, que en medio de las balas trató de reunir y arrastrar á sus soldados, perdió el caballo y recibió una herida en el muslo. El fracaso experimentado delante de las improvisadas trincheras de un arrabal, convenció á Enrique IV de que con su pequeño ejército jamás podría forzar las murallas de la ciudad y las barricadas defendidas por toda la población, y en su consecuencia resolvió rendir París por el hambre y convirtió el sitio en bloqueo.

La derrota de los realistas hizo que subiera al colmo el entusiasmo de los parisienses. La Iglesia ya no se contentaba con alzar las manos al cielo para atraer sobre sus defensores la bendición del Dios de los ejércitos, sino que tomaba las armas y se apercebía á combatir. El día 14 de mayo se efectuó la revista de las fuerzas eclesiásticas, compuestas de 1.300 frailes y de algunos sacerdotes; los capuchinos, los cartujos, los fuldenses y los carmelitas habían, proporcionado los contingentes más numerosos. Detrás del Crucifijo y de la imagen de la Virgen que les servían de estandartes, desfilaron aquellos religiosos por las calles, de cuatro en cuatro, con la capucha hacia atrás y el hábito remangado; Rose, el obispo de Senlis, era su jefe, y el párroco de San Jacobo, Pelletier, sargento de batalla, corría de un extremo á otro de la columna, alineando las filas, arreglando la marcha y compensando, dice de Thou, la desigualdad de sus piernas con la rapidez de sus movimientos. El legado del Papa, Caetani, que los halló á su paso, les dió la bendición y los saludó con el nombre de Macabeos; quisieron ellos entonces disparar una salva en su honor, mas como estaban poco acostumbrados á manejar el arcabuz, mataron á uno de los que le acompañaban é hirieron á un criado de la embajada de España. Costó gran trabajo calmar aquel entusiasmo homicida.

La fe infundía valor á los más tímidos y contenía á aquella población tan inquieta, tan indócil, tan amiga de sus comodidades y de su placeres, haciéndole arrostrar valientemente los peligros de un sitio; por esto los hombres que tomaron la dirección de la defensa, es decir, el duque de Nemours, el Legado y el embajador de España, Mendoza, trabajaron, con la ayuda de los predicadores, para mantener y excitar las pasiones reli-

(1) FUENTES: *Lettres missives de Henri IV*, III. *Mémoires de la Ligue*, IV. L'Estoile, IV y V. Corneio, *Histoire du siège de Paris*, «Mémoires de la Société de l'Histoire de Paris», VII, 1880. *Relation de Pigaffetta*, ídem, II, 1876. *Mémoires d'Etat*, de Villeroi, II, 1665. *Journal du siège de Paris en 1590*, publicado por A. Franklin, 1876. *Los sucesos de Flandes y Francia del tiempo de Alejandro Farnesio por el capitán Alonso Vázquez*, «Colección de Documentos inéditos para la historia de España», LXXII-LXXIV. *Archives curieuses*, XIII. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*. D'Aubigné, VIII. De Thou, XI. Pedro Matthieu, *Histoire de Henri III*, 1631. Dupleix, *Histoire de Henry le Grand*, 1633. Davila, *Historia delle guerre civili di Francia*, 1644, II. Dondini, *Historia de rebus in Gallia gestis ab Al. Farnesio*, 1750.

OBRAS DE CONSULTA: Labitte, *De la démocratie chez les prédicateurs de la Ligue*, 2.ª ed., 1866. Poisson, *Histoire de Henri IV*, 1865, I. Manfroni, *La legazione del cardinale Caetani in Francia*, 1588-1590, 1893. L'Epinois, *La Ligue et les papes*, 1886. P. Ro, biquet, *Histoire municipale de Paris*, tomo III: *Règne de Henri IV*, 1904.